



“

¿Por qué estos muertos no se olvidan de la memoria del pueblo?”

Con estas palabras cierra Oreste Plath su extraordinario estudio “Hagiografía. Folklorica”, le llama, sobre un aspecto crucial de la religiosidad popular.

Cada uno, ya sea que viaje por las calles de Santiago o por los caminos de Chile, no ha dejado de ser asido por la visión de las pequeñas grutas que se alzan a los costados de las calles o en las carreteras. También se las halla en cementerios, puentes, casas particulares, desfiladeros, cordilleros o el desierto.

Tales precarias construcciones testimoniaban de una muerte trágica.

“Nace una ‘Animita’ por misericordia del pueblo en el sitio en el que aconteció una ‘mala muerte’”, escribe Plath.

Puede tratarse de un asesinato o accidente, de alguien que fue asuspellido por un vehículo, de un suceso en rila de calle o caminera. La premisa es que ninguna muerte acaída a ciclo abierto es una muerte justa, normal, natural. Lo justo y normal y de rutina es morir en su lecho, como dice el refrán que hacen

acceder a su altar, pueden constituirse en “sus santos”. En otras palabras, pueden llegar a ser Animitas.

Las tradiciones, lentamente forjadas, constituyen el “alma” de un pueblo. Son, para decirlo en términos “modernos”, parte del “ser nacional”.

Oremos, por nuestra parte, que el saber del pasado ilumina, explica y da coherencia al presente. Y hay, creemos, más. Lo que se nos ocurre es que al no conocernos en nuestros antepasados, y éstos están en la memoria escondida en lo que llamamos “tradiciones”, nos conocemos mal o menos o, lo que es más frecuente, simplemente nos desconocemos.

De donde resulta que quien nos convide esa parte escondida, sepultada o oculta de nosotros mismos, nos está convidando “ser”, nos está enriqueciendo ontológicamente.

Y eso que afirmamos a partir de la lectura de *L'Animita* lo podemos reiterar también a partir de otros libros y estudios de que ha sido generoso Oreste Plath y en que insistió, con singular pericia, otros y otros investigadores de nuestra alma colectiva.

Desfiló por las páginas de este libro una multitud de personas, protagonistas

703848

U. Piumay Roca
N° 166-1993-581
p. 11

L'ANIMITA DE PLATH

FERNANDO QUILODRAN

los generales. Aunque —quien con eso de “generales” se quiere aludir a los “jefes”, a los conductores de hombres—, la experiencia muy reciente de Chile es que no todos los “generales” han muerto en su lecho. Algunos lo han hecho en La Moneda, otros en calles de capitales extranjeras, muchos en calabozos o sitios de tortura. Abundan en nuestro país, para hacer de la especie “chilensis”, los así Gatica —aunque también sea cierta la existencia de tantos otros que, como el cura de ese nombre, “predican y no practican”—; los capitanes de hombres que no dejan a su gente “en la playa” como rimas que hicieron algún músico “Capitán Araya”.

También es violenta la muerte del ajusticiado, del que rompió las normas de la tribu y recibió de ésta la máxima sentencia. Porque es curiosa esta sociedad, civilizada, que para recuperar a los que incumplen el precepto de “no matar”... los matan.

Y tanto la víctima como el victimario, y el conductor de pueblos o de almas (“Muertos ilustres en el corazón del pueblo”, los llama Oreste Plath) pueden

callados o vociferantes de nuestro tiempo. A todos los vincula una marca particular: han sido actores de un drama, han estado en el escenario de una “mala muerte”, cumpliendo en ella los papeles que el destino —o las Furias— les habían reservado.

El método del investigador y maestro de nuestros estudios folklóricos es simple. Expone el drama con la mayor abundancia de hechos. Nos pone “en situación”. Conocemos, así, la historia personal de la futura Animita. Nos adentramos en su sociología y su psicología. Oreste Plath sabe, como ninguno, que muchas veces el recurso a la psicología es miseria de circunstancias sociales y jamás deja, por ello, dearnos el “ser social” de los que se mueven en sus escenarios. Cumple, de esa manera, el programa vital del novelista Balzac, que se quería “secretario” de la sociedad de su tiempo. Y viene, mientras, los momentos terribles, aquellos en que el tiempo se acelera. (“¿Sabes, tú, qué es el Destino?”, pregunta Casandra en “La guerra de Troya...”, de Anouilh. Y ella misma responde: “El Destino es la forma acelerada del

Tiempo”).

La muerte ha sido consumada, las investigaciones judiciales han ocupado el centro de la escena; la víctima ha recibido sepultura, ya sea victimada o victimaria.

Y luego viene la constitución de la Animita, su lento o acelerado devenir objetoculto. La elevación de un muerto a la categoría de Animita es una obra colectiva y catenica de solemnidades. Es, por sobre todo, una maduración espontánea, el fruto de una cualidad en que es monopolístico el pueblo: la compasión. La víctima —porque ya no se distingue entre hecho o hecho— es descubierta por los suyos. Al principio una vela de luminosidad más bien tímida, luego otra y otra, hasta la formación de un mito que puede deslumbrar a toda una ciudad, a una comarca y, derrochando las retenciones oficiales, pasar a ser el centro de múltiples devociones, objetos de peregrinación, fuente de leyendas.

Consigna escrupulosamente, Oreste Plath, sus “Céddulas”. Da a cada uno lo suyo en el conocimiento de la Animita: autores de libros, poetas populares, o no

L'animita de Plath [artículo] Fernando Quilodrán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

L'animita de Plath [artículo] Fernando Quilodrán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile